

Cuadernos del Sur

Año 19 - Nº 35

Mayo de 2003

NUEVAS DIRECCIONES

www.cuadernosdelsur.org.ar
info@cuadernosdelsur.org.ar

Rodney 171 D° 77 (1427BNC) Buenos Aires, Argentina

Tierra  fuego
del

Argentina: ¿Fin de la *belle époque*?

“¿**N**os olvidamos a veces de nuestra sombra o es que nuestra sombra nos abandona de vez en cuando?” ¿Cambian las relaciones de fuerza de modo violento en pocos meses o evaluamos de modo erróneo los procesos sociales? ¿Asistimos solo al florecimiento del potencial proletario durante una crisis burguesa? “¿Será posible que hayamos vivido junto a ella sin habernos dado cuenta de su existencia?” ¿Acabó esta crisis y asistimos a la vuelta a la “normalidad”? ¿Intentamos exorcizar esta normalidad cantando “reflujo”? “¿La habremos extraviado al doblar una esquina, al atravesar una multitud?” ¿Compramos la baratija ilusoria de sobrevaluar la fuerza real o la desperdiciamos reduciéndola a trizas en un conjunto de errores tácticos? “La ternura que nos infunde”, es justamente, a diferencia de Girondo, la que nos obliga a contestar estas preguntas.

La supuesta *belle époque* abierta por sucesos del 19-20D parece tener su indubitable fin en estos comicios. Una *Pax Duhaldista* se impone con fuerza cada vez más asentada desde fines del 2002, y como toda buena paz de poderosos lo hace sobre la base de domesticación y represión de las luchas sociales, y de la unión de grupos hegemónicos por necesidad y espanto.

La *Pax Duhaldista* se funda en sus éxitos de gobierno. La relativa estabilidad del tipo de cambio (el dólar), la relación con el FMI, los tímidos pasos hacia renegociar la deuda, la contención del proceso inflacionario y de los aumentos de tarifas de servicios públicos, la neutralización de algunos conflictos sindicales con la devolución del 13% y el aumento de suma fija (apenas efectivizado) en el sector privado. El enfriamiento del conflicto de ahorristas con el paulatino descongelamiento de depósitos bancarios, “corralito y corralón”, y los subsidios a la banca para contener su debacle. En vano citar muchos más: los comicios probablemente coronen los esfuerzos de la exitosa administración por rearmar un bloque hegemónico y domesticar las sombras que se levantaron 19-20D.

La *Pax Duhaldista* no se construye, en vano sería engañarse, con soluciones de fondo. Bonos, inflación, deuda, tarifas de servicios, planes sociales, la crisis solo se ha pospuesto. Y sin embargo, “solo” posponerla representa el éxito. Ésta era precisamente la tarea que esta administración tenía encomendada. Reasegurar la gobernabilidad, administrar la protesta y refinar los tiempos mientras el bloque hegemónico se reconstruye.

A la novedad de las formas de protesta nuevas y potenciadas del 19-20D se le ha tejido además una fina tela. Los sutiles hilos de la hegemonía han privilegiado todas las herejías domesticables al interior de estas sombras. Los piqueteros vieron reconvertidos la mirada de planes sociales en el “plan jefes y jefas de hogar”, reasignados por los “consejos de crisis” donde se domestica los reclamos de su mayoría en una mesa común de negociaciones y se favorece a los sectores más clientelares y socialdemócratas (FTV, CCC). Las fábricas tomadas dentro del viejo cooperativismo o bajo el MNER son favorecidas por las expropiaciones. Las asambleas se intentan asimilar a los CGP. Para los irreductibles, aquello que intenta cortar esta fina tela, quedan los no tan sutiles carabinazos y palos: los asesinatos del Puente Pueyrredón, el encarcelamiento de piqueteros en el norte del país y la ofensiva del Estado sobre la textil Brukman y la cerámica Zanón, el desalojo del ex-Banco Mayo entre los sucesos más visibles. A estos factores se suman los propios internos. Las debilidades de cada uno de estos movimientos también se manifiestan más claramente y hoy las asambleas perdieron densidad y se refugiaron en el asistencialismo, comprensible y solidario pero despolitizado, las luchas piqueteras se rutinizaron y carecen de perspectiva clasista ni de buena integración con el movimiento ocupado mientras los cortes de ruta pierden aceleradamente legitimidad, las fábricas tomadas dejaron de extenderse desde septiembre y se encuentran en una necesaria postura defensiva.

Hoy parecemos sentir lo que Peter Schlemihl, a quién abandonara su sombra compañera.

Normalidad cívica en los comicios

Apenas quince meses después de *Que se vayan todos*, y menos tiempo aún de su versión domesticada (renovación total de cargos), el consenso pasivo impuesto por la normalidad de la elección presidencial no debe observarse como un dato menor. La profunda “crisis de representación” se intenta cerrar con un período de contiendas electorales esparcidas a lo largo de todo el año. Es posible que el próximo ballotage no solo consagre la continuidad de la *Pax Duhaldista*, sino que de también fin al ciclo de crisis del PJ.

En menos de quince días, un marco de indiferencia y apatía dio relativo paso a un clima de contienda electoral. Los comicios del 27 de abril pasado convocaron a una participación cercana al 80% del padrón electoral, un ausentismo apenas mayor al 19,5% registrado en las presidenciales de 1999 y muy inferior al 26,3% de las elecciones de octubre de 2001.¹ Pero el no-voto (la suma entre voto en blanco y anulado) retrocedió aún más decididamente. El voto en blanco del 0,9% fue el menor registrado desde las elecciones de 1946 y el voto anulado se situó apenas en un 1,6%. El no-voto, entonces, alcanzó un 2,5% en 2003, contra el 21,1% registrado en 2001. La estrategia de rechazo a las elecciones implementada por algunas corrientes de izquierda (AyL en primer lugar, el PCR, como lo venía haciendo durante las últimas elecciones, el PTS, MAS y otros), algunos sectores del movimiento piquetero (la CCC desde luego, la CTD Aníbal Verón, los MTDs) y algunas asambleas barriales (la mayoría de todos estos sectores organizados en un Frente de Rechazo) resultó entonces en un rotundo fracaso. Un fracaso, además, perfectamente previsible desde hacía varios meses.

Los comicios también fueron testigos de una interna del PJ en simultáneo con las elecciones generales, de un resultado previsible (un ballottage entre peronistas) y de una fragmentación de los partidos mayoritarios (cada uno en tres). Esta fragmentación, la crisis del peronismo (el partido del poder), es el hecho característico de esta elección. La fragmentación es el producto no sólo de los enfrentamientos entre integrantes de las cúpulas de esos partidos sino la expresión de la disputa abierta entre las distintas fracciones del capital. Hay aquí dos procesos que caminan en paralelo: por un lado la resolución de la crisis al interior del peronismo, por el otro resolver la cuestión de la hegemonía entre las fracciones del capital que permita presentar un bloque unificado.

La izquierda no logró representar en los resultados eleccionarios su participación e influencia en el nivel de movilización social. Los partidos de la izquierda que sí presentaron candidatos, IU (PC-MST) 1.7% y PO 0.8%, incrementaron su participación respecto de las presidenciales de 1999 (IU duplicó y PO creció un 25%) pero vieron reducir sustancialmente su votación

¹ Representa una desaceleración de la tendencia al aumento del ausentismo registrado en las elecciones presidenciales durante los 80 y 90 (14,4% en 1983, 14,7% en 1989, 17,9% en 1995, 19,5% en 1999) y significa una rotunda caída respecto del ausentismo registrado en las parlamentarias de 2001, intensificado por el hecho de que también en las parlamentarias parece registrarse una tendencia al aumento del ausentismo durante los 90 (19,1% en 1985, 17,5% en 1987, 19,7% en 1991, 19,7% en 1993, 21,8% en 1997 y ese 26,3% en 2001).

respecto de las últimas legislativas. El movimiento no logra canalizarse en la política institucional y la izquierda partidaria, que debiera justamente cumplir ésta función, tiene sobre sí la gran responsabilidad de no haber sido capaz de brindar ese canal, presentando, por ejemplo, una estrategia de lucha unificada. El sectarismo endémico de los partidos de izquierda locales, contribuyó a este fracaso. Pero la responsabilidad principal recayó sobre los partidos y organizaciones que decidieron dar la espalda a las elecciones —e incluso denunciaron a los partidos de izquierda que decidieron participar en las mismas— en nombre de razones que más parecen necesidades (confundiendo la propia marginalidad e impotencia con el auténtico rechazo del sistema, o el propio encierro con una alternativa a la intervención en los enfrentamientos generales de la política nacional).

Ilusiones y baratijas

Este cielo azul que todos vemos, no es cielo ni es azul. No lo era en la desenfundada búsqueda de soviets por las plazas de la Capital Federal, ni lo es “ese espantoso abuso de la estadística” que nos entrega la última elección. Dos imágenes ilusorias que mirar con detenimiento llevarán mucho más que esta pobre nota editorial.

La primera ilusión es la de esa “*belle époque*” que arroja sospechas desde su inicio al asentarse sobre muertos, desnutrición, pauperización extrema y deterioro del salario. Ilusiones de diagnósticos irresponsablemente exitistas fundados sobre un “cuarteto sagrado” (piquetes, asambleas, trueque, fábricas tomadas) sobredimensionado, que sin ser representativo era al mismo tiempo vulnerable a represión, competencia hegemónica y contradicciones internas.

La segunda imagen ilusoria es la que hoy nos convida a ver un proceso completamente inútil o completamente cerrado. Dos saldos de importancia deben notarse. El primero es la naturaleza de la nueva “normalidad”. De una parte la alianza del bloque hegemónico aparece como profundamente más débil que la de los años noventa (esto no significa en modo alguno que carezca de los acuerdos básicos para reprimir tanto cuanto sea necesario). El saldo del ballottage el próximo 18 de mayo será el de un gobierno con un bajísimo nivel de consenso social (al que no va a cambiar una aplastante victoria de Kirchner; recuérdese que incluso una semana antes de las elecciones entre 30 y 40% de los votantes eran aún “volátiles”). El segundo saldo positivo es el conjunto de experiencias que exploraron potencialidad y límites de la autogestión: el control obrero, fiscalización obrera, en menor medida también asambleas y trueque. Los desafíos ideológicos planteados al

orden capitalista no pasaron desapercibidos y la autogestión se estableció en amplios ámbitos como un fenómeno posible, existente y deseable.

Una última ilusión: La política argentina parece desarrollarse en un oscuro confín independiente y autónomo de un mundo camino hacia un unilateralismo con pocos precedentes. La coyuntura internacional abierta post-11 de septiembre, reafirmada recientemente en el ataque imperialista contra Iraq debiera ser una pauta de los muchos caminos muertos a que llevan estrategias puramente nacionales.

De todas estas ilusiones da cuenta el número que sigue. Nos devuelve el contexto mundial Alex Callinicos al rastrear la estrategia del imperio americano y poner de manifiesto con un trabajo delicado la interna de las fuerzas políticas. Robert Brenner cuenta las costillas del gigante afirmando que la recesión del imperio vino para quedarse. La compleja coyuntura latinoamericana, ilusión y realidad, recorre las páginas que siguen en un racconto de las elecciones en Argentina, y las coyunturas en Ecuador y Bolivia. Por último Hirsh y Gilly se enredan en una polémica con Holloway. La fina ironía de Grüner resume buena parte de los errores e irresponsabilidades de esta *belle époque*. Completa el número Bellucci con una mirada de género sobre la guerra.

Juan Grigera
Buenos Aires, mayo 15 de 2003